

La memoria del rencor y la memoria del dolor

Luis Kancyper

*Mi memoria, señor,
Es un vaciadero de basuras.*
J.L. Borges

Resumen

El objetivo de este trabajo es, por un lado considerar —a través de un caso clínico— la necesidad de detectar y cualificar detalladamente los afectos y sus relaciones con las dimensiones temporales en los procesos analíticos. Por otro lado, me interesa poner de relieve la distinción entre la memoria del rencor y la memoria del dolor. Su discriminación resulta extremadamente fecunda, porque el sujeto que permanece atascado en la memoria del rencor no puede, a su pesar, procesar un duelo normal; se halla imposibilitado de quebrar la sentencia de un destino inmutable de sufrimientos; presenta una severa dificultad de acceder a una diferente dimensión temporal, espacial y afectiva que le permita liberarse de la compulsión a la repetición.

La palabra *resentimiento* se define como el amargo y enraizado recuerdo de una injuria particular, de la cual desea uno satisfacerse. Su sinónimo es *rencor*. Rencor proviene del latín, *rancor* (queja, querella, demanda). De la misma raíz latina deriva *rancidus* (rencoroso), y de ella, las palabras *rancio* y *rengo*.

El resentimiento es la resultante de humillaciones múltiples, ante las cuales las rebeliones sofocadas acumulan sus «ajustes de cuentas», tras la esperanza de precipitarse finalmente en actos de venganza.

A partir del resentimiento surge la venganza, mediante una acción reiterada, torturante, compulsivamente repetitiva en la fantasía y/o en su pasaje al acto. Surge como un intento de anular los agravios y capitalizar al mismo tiempo esa situación para alimentar una posición característica: la condición de víctima privilegiada. Desde este lugar adquiere *derechos* de represalia, desquite y revancha contra quienes han perturbado la ilusión de la perfección infantil. Estos derechos los ejerce a

través de conductas sádicas por las heridas narcisistas y por los daños traumáticos externos que pasivamente ha experimentado. Es en la venganza donde se revierte la relación: el sujeto resentido, en su intercambiabilidad de roles, pasa de ser un objeto anterior humillado, a ser un sujeto ahora torturador. El sujeto torturador anterior se convierte durante la venganza en un objeto actual humillado deudor, manteniendo la misma situación de inmovilización dual sometedor/sometido, con apariencia de movilidad.

Es mediante el resentimiento que el sujeto bloquea su afectividad, anulando también la percepción subjetiva del paso del tiempo y de la discriminación de los espacios, para lo cual inmoviliza a sus objetos y a su yo en una agresividad vengativa al servicio de poblar un mundo imaginario siniestro.

El resentimiento y su nexos con la temporalidad y el poder nos permite diferenciar la memoria adictiva del rencor de la memoria del dolor. La memoria del rencor se atrinchera y se nutre de la esperanza del poder de un tiempo de revancha a venir, mientras que la memoria del dolor se continúa con el tiempo de la resignación. No se basa ciertamente en la subestimación del pasado, ni en la amnesia de lo sucedido, ni en la imposición de una absolución superficial; sino en su aceptación con pena, con odio y con dolor como inmodificable y resignable, para efectuar el pasaje hacia otros objetos, lo cual posibilita procesar un trabajo de elaboración de un duelo normal.

*Es la memoria un gran don,
Calidá muy meritoria;
Y aquellos que en esta historia
Sospechen que les doy palo,
Sepan que olvidar lo malo
También es tener memoria*

Martín Fierro

La memoria del dolor admite al pasado como experiencia y no como lastre; no exige la renuncia al dolor de lo ocurrido y lo sabido. Opera como un no olvidar estructurante y organizador— pulsión de

vida mediante —como una señal de alarma que protege y previene la repetición de lo malo y da paso a una nueva construcción. En cambio, la repetición en la memoria del rencor reinstala —pulsión de muerte mediante— la compulsión repetitiva y hasta insaciable del poder vengativo.

En el rencor, la temporalidad presenta características particulares, manifiestamente una singular relación con la dimensión prospectiva.

La repetición es la forma básica de interceptar el porvenir y de impedir la capacidad de cambio. La memoria del rencor, a diferencia de la memoria del dolor, está regida no por el principio de placer/displacer ni por el principio de realidad, sino por el principio de *tormento*.

Yo no podía estar conmigo mismo a pesar de que me dispuse a cerrar en lo posible mis cuentas con el pasado y a establecer una nueva lucha. En cuanto estaba conmigo mismo me venía implacablemente a la conciencia el hiriente sentimiento de culpa, un pensar calamitoso.

En esos casos mi desesperación alcanzaba grados tales que yo llegaba a temblar físicamente y aún a la fiebre misma sin saber qué hacer de mí para castigarme o mortificarme.

Huí, pues, de todo encuentro conmigo y sólo la cólera me servía para distraerme de mí y dar un escape a mi tormento interior.

Caminaba cargado de remordimientos, furioso, siempre irritado contra mí, con terrible furia y recóndita y agria pesadumbre, insoportable e insoportante. (Mallea, 1970. p. 342).

El sujeto rencoroso (resentido y remordido) es un mnemonista implacable. Se halla poseído por reminiscencias vindicativas. No puede perdonar ni perdonarse. No puede olvidar. Está abrumado por la memoria de un pasado que no puede separar y mantener a distancia del consciente. En la represión (esfuerzo de suplantación), el sujeto desaloja acontecimientos no tan traumáticos; en cambio, en el resentimiento, lo traumático es más intolerable para el yo en términos de *Selbstgefühl*, son como cuerpos extraños, aislados del curso asociativo con el resto del yo. (Baranger Willy, 1992)

Al no poder entrar en la cadena de la significación simbólica, no acceden a ser reprimidos sino que persisten escindidos. Lo escindido es mantenido fuera de la circulación psíquica y, por consiguiente, no puede evolucionar mientras permanece como tal. Se cristaliza en un caldo de cultivo de imborrables reminiscencias.

Recordemos que Freud dice que el neurótico sufre no de recuerdos sino de reminiscencias.

Esto tiene la apariencia de ser una mera distinción terminológica, una distinción, incluso, filosófica, ya que el término *reminiscencia* ha sido tomado de Platón. Sin embargo, es de una extrema profundidad. ¿Qué quiere decir este término *reminiscencia* tanto en la teoría de Platón como en la de Freud?

La reminiscencia es un recuerdo sin sus orígenes, cortado de sus raíces. Se trata de algo vago a veces, recuerdo diríamos de otra vida, de otro planeta. Un recuerdo sin saber de dónde viene, sin saber incluso que se trata de un recuerdo, sufre de algo que proviene del pasado pero que no está ligado a él, sino que está allí y lo hace sufrir en el presente.

En la memoria del rencor se repiten los sentimientos y las representaciones como automatismo de repetición, sin configurar un recordar acompañado de un revivenciar afectivo integrado en una estructura diferente con una nueva perspectiva temporal. En lo manifiesto se presenta como una ausencia del porvenir; en lo latente, este aparente sin-sentido del porvenir está obturado por la presencia de un contra-sentido. El sentido de un futuro que puja: el porvenir de la venganza, de la revancha de un pasado. Es el porvenir basado en la posibilidad de castigar, a través de la repetición en la vía regresiva del tiempo al objeto responsable de los agravios. Momento esencial en el que una vez más intenta saciar su sed de venganza, para restituir infructuosamente al resentido sentimiento de su propia dignidad.

El sujeto rencoroso no permanece anclado en la atemporalidad ni en el tiempo suspendido del arte —tiempo fuera del tiempo que quiebra las dimensiones temporales del pasado, presente y futuro— ni permanece entretenido de una vivencia de eternidad en la contemplación del objeto interno maravilloso para desmentir el paso del tiempo esquizoide; sino que es, fundamentalmente, producto de la insistencia del castigo reivindicatorio que, de un modo repetitivo, se erige como estructura de deseo dominante sobre el sustrato temporal del rencor de un agravio cuyas cuentas aún no ha saldado. Presente y futuro son hipotecados para lavar el honor ofendido de un pasado singular que se ha apoderado de las tres dimensiones del tiempo.

La vivencia del tiempo sostenida por el poder del rencor es la permanencia de un rumiar indigesto de una afrenta que no cesa, expresión de un duelo que no logra elaborar, no sólo en el propio sujeto y en la dinámica intersubjetiva, sino que esta sed de venganzas taliónicas pueden llegar a perpetuarse a través de la transmisión de las generaciones sellando un inexorable destino en la memoria colectiva (Kancyper, 1997. p. 49).

Los resentimientos y remordimientos conscientes e inconscientes, suscitados por el narcisismo de las pequeñas diferencias entre las religiones, los pueblos y las naciones, han originado devastadoras consecuencias por el repetitivo resurgimiento de un poder fanático que ha irrumpido con ferocidad a lo largo de la historia de la humanidad, como consecuencia de la recurrente activación del poder de estos afectos.

Los usos del olvido y las formas de la memoria: de la memoria del rencor a la memoria del dolor

Algún necio humanista podrá decir lo que quiera; pero la venganza ha sido desde siempre y seguirá siendo el último recurso de lucha y la mayor satisfacción espiritual de los oprimidos.

Zvi Kolitz

El rencor abriga una esperanza vindicativa que puede llegar a operar como un puerto en la tormenta en una situación de desvalimiento, como un último recurso de lucha, tendiente a restaurar el quebrado sentimiento de la propia dignidad, tanto en el campo individual como social.

El poder del rencor suele promover no sólo fantasías e ideales destructivos, no se reduce únicamente al ejercicio de un poder hostil y retaliativo, también puede llegar a propiciar fantasías e ideales tróficos, favoreciendo el surgimiento de una necesaria rebeldía y de un poder creativo tendientes a restañar las heridas provenientes de los injustos poderes abusivos originados por ciertas situaciones traumáticas. El sentido de este poder esperanzado opera para contrarrestar y no sojuzgar a los clamores de un inexorable destino de opresión, marginación e inferioridad.

Estas dos dimensiones antagónicas y coexistentes del poder del rencor se despliegan en diferentes grados en cada sujeto y se requiere reconocerlas y aprehenderlas en la totalidad de su compleja y aleatoria dinámica. Pero si el sujeto sólo permanece fijado a las ligaduras de la memoria del rencor, quedará finalmente retenido en la trampa de la inmovilización tanática del resentimiento de un pasado que no puede resignar, pasado que anega las dimensiones temporales de presente y del futuro.

Sólo el lento e intrincado trabajo de elaboración de los resentimientos y remordimientos posibilitará un procesamiento normal de los duelos para efectuar el pasaje de la memoria del rencor a la memoria del

dolor. Recién a partir del cual, el sujeto rencoroso depondrá su condición de inocente víctima que reclama y castiga, y logrará acceder a la construcción de su propia historia como agente activo y responsable y no como reactivo a un pasado que no puede olvidar ni perdonar.

Resentimiento y odio

Mi viejo, mi buen amigo. No olvidemos que las pequeñas emociones son los grandes capitanes de nuestras vidas y que las obedecemos sin saberlo.

Vincent Van Gogh

En *Pulsiones y destino de pulsión* (1915) Freud pone de manifiesto una teoría metapsicológica de la agresividad. La conversión aparente del amor en odio no es más que una ilusión: el odio no es un amor negativo. Tiene su propio origen en las pulsiones de autoconservación, mientras que el amor se origina en las pulsiones sexuales. Su tesis central es que los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por conservarse y afirmarse. Y además, asevera que el objeto es conocido inicialmente por medio del odio: «el odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor, brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos» (Freud, 1915. p. 203).

El odio permite al sujeto un enfrentamiento con el objeto y su ulterior desligadura, desligadura que promueve la génesis y el mantenimiento de la discriminación en las relaciones de objeto.

En cambio, el odio se muda en resentimiento cuando es reforzado por la regresión del amar a la etapa sádica previa, de suerte que el resentimiento cobra un carácter erótico y se perpetúa un vínculo sadomasoquista; además, el resentimiento produce una serie de construcciones fantasmáticas que a la vez lo sustentan.

El contenido de representación de las escenificaciones imaginarias inherentes al resentimiento se halla al servicio del apoderamiento y retención del objeto para poder desplegar sobre él sus mociones de venganza o para neoengendrarlo y moldearlo según un modelo ideal diseñado a imagen y semejanza del Hacedor. Éste ejerce pigmaliónicamente una relación de dominio sobre el otro mediante el despliegue de sus poderes mágicos y castigadores con la finalidad de garantizar la presencia incondicional de un objeto parcial o total, desvalido y dependiente de un *amo y señor*.

Recordemos que la palabra *emoción*, que deriva del latín *movere*, significa poner en movimiento y que *afecto*, tomado del latín *affectus*, participio pasivo de *afficere*, es poner en cierto estado derivado de *facere*: hacer.

El resentimiento promueve un movimiento circular y repetitivo. Resentimiento es volver a sentir ciertas injurias narcisistas, edípicas y/o fraternas que no se pueden, o no se quieren, olvidar ni amnistiar; remordimiento es volver a morder o morderse por el accionar del poder de una culpa singular, repetitiva, que se caracteriza por ser siempre pródiga en nuevos desquites, revertidos sobre la propia persona. En cambio, el odio puede promover un movimiento centrífugo de la libido oponiéndose a la circularidad regresiva y sádica del rencor y permitiendo entonces la discriminación del objeto y su recambio ulterior.

Mientras que a partir del resentimiento surge una agresión vengativa, a partir del odio puede llegar a desatarse una agresión al servicio de la desalienación, liberando la agresión hacia nuevos cometidos y ligándola a nuevos objetos que reabren una diferente espacialidad y temporalidad; en este sentido el odiar puede vincularse con los propósitos del Eros. Aunque en ciertos casos el odio, que raramente se encuentra en forma pura, puede promover desde un alejamiento e indiferencia ante el objeto hasta una hostilidad despiadada y cruel (Kancyper, 1993).

En *Duelo y Melancolía* (1915) Freud señala la importancia de la ambivalencia entre amor y odio como una de las premisas de la melancolía. En cambio, yo considero que la ambivalencia entre el amor y el resentimiento, y no la oposición entre el amor y el odio, opera como una de las premisas fundamentales en el desencadenamiento del automartirio y del desquite de los objetos originarios desplazados sobre los objetos actuales. Las batallas de ambivalencia de amor y de odio pueden llegar a interferir la elaboración del duelo, pero éste se paraliza cuando el resentimiento y el remordimiento reemplazan al odio en el complejo proceso del duelar. Para citar un ejemplo, transcribiré algunas sesiones de Julián que presentaba una elaboración rencorosa de sus tempranos traumas y duelos de los orígenes y por los orígenes.

¿En dónde nací yo?

Julián tenía 13 años en el momento de la consulta. Sus padres me habían pedido una

entrevista con carácter de urgencia, relatándome por teléfono la severa situación del cuadro clínico del hijo, que había desconcertado no sólo a ellos sino también a varios profesionales.

El médico clínico, el neurólogo y el psiquiatra luego de un minucioso estudio, descartaron finalmente la posibilidad de la existencia de factores orgánicos en los ataques convulsivos que se presentaban varias veces durante el día, sin pérdida de conciencia, y que eran, además, espantosos por la dramaticidad y por el peligro que acarreaban. Estos ataques comenzaban con contracciones leves en la cara que se extendían luego a los brazos y finalmente perdía el equilibrio motor. Se caía y con fuertes movimientos tónico-clónicos se libraba una lucha en su cuerpo, un combate entre fuerzas antagónicas que se anudaban entre sí con contorsiones caóticas durante varios minutos. Escenificando fantasías de una elevada mortificación psíquica, originando una situación de desesperación y desconcierto en sus padres y profesores. Estas manifestaciones corporales comenzaron a presentarse primero ante la puerta del colegio, luego dentro del aula y en la casa. Cedían durante los fines de semana y recomenzaban nuevamente los domingos por la noche. Corría el mes de Junio y había fracasado en los exámenes en todas las materias en el primer año del secundario. El tema del aprendizaje había sido desde tiempo atrás un «tormento» familiar; lo llamaban «el contra». Nunca aceptaba las reglas que se le imponían. Todo era no. Vivía peleándose con los chicos y con los padres. Mentía con frecuencia. Tuvo encopresis hasta los 6 años. No respetaba las pautas de aprendizaje. Ya tenía en su haber dos tratamientos psicoanalíticos previos. Presentaba resistencias para comenzar un nuevo tratamiento, pero estaba dispuesto a intentarlo.

Para mí, resultó desde el vamos un desafío terapéutico. Yo sabía por el colega que me derivó la consulta, que Julián era un hijo adoptivo. Los padres me ocultaron este dato y recién lo comunicaron en la tercera entrevista.

Julián es muy simpático y afectuoso, me expresa que es desconfiado y que no tiene la menor idea de lo que le pasa, y porqué le pasa. Pero sabe que le pasa. Está asustado y deprimido, y muy enojado con el médico psiquiatra que lo medica: «si vuelvo a verlo, le estampo una piña a ese pelado. No quiero continuar más con la medicación» y acepta «probar» tener conmigo una serie de entrevistas.

Los ataques convulsivos se acompañaban de cefalalgias persistentes y de deshidrosis en las

palmas de las manos que se agudizaban durante el período de los exámenes trimestrales.

Desde los comienzos se había establecido un campo analítico de transferencia positiva en el que circulaban afectos tiernos y respetuosos. Subrayo respetuosos, porque considero que asumí ante ellos en la transferencia, la figura respetuosa que tenía el abuelo de Julián. Este abuelo ya fallecido, padre del padre, era reconocido con cariño por todos.

Transcribo a continuación dos fragmentos de sesiones de su primera etapa de análisis:

¿En dónde nací yo?:

Tendría que averiguar quiénes fueron los hijos de puta que me dejaron. Creo que debe estar en los papeles de adopción. Pero no tengo acceso a esos papeles. Si se lo pregunto a mi mamá, ella se va a deprimir, pero no es mala idea hacer la investigación, averiguar quiénes fueron. A mí me quedó picando en mi cabeza, las ganas de saber quiénes fueron.

Este año, ya tuve 8 citaciones en el colegio, porque me las agarro con todos. Le juro, que si los encuentro les digo de todo, los mato, los corro por todos lados y los meto presos. Hijos de puta!, por culpa de ellos, me jodieron la vida. Si no me querían tener, ¿para qué me tuvieron? Sería bueno hacer una investigación; pero no sé por dónde empezar. ¿Habría que hablarle a mi mamá de esto, o con los dos? Yo se lo planteé alguna vez, y mamá me dijo que no toque más el tema porque nos lastimamos todos. Ellos, saben más de lo que dicen. Habría que averiguarlo, pero necesito que alguien hable con ellos y que no sea yo. Yo, no me animo a decírselos, ¿vos podrías hacerlo? Mamá se va a angustiar mucho, pero papá no, él es de hierro. (Pausa)

¿Será por esto que yo vivo desafiando? Papá dice que yo siempre desafío y soy muy duro, que yo, hago mi mundo, y que no acepto reglas. Desde chiquito fui así. Él, me decía, hay una sola forma de sumar 2 más 2, y que yo, no lo voy a cambiar. Y yo quiero cambiarlo, a mi forma.

Julián no puede admitir que su novela familiar es compleja y compuesta, en la que intervienen dos pares de padres: los que lo han engendrado, y los que lo han adoptado. En cambio, él quiere cambiar esta sumatoria o no los puede sumar, o no acepta sumarlos. El exceso de la presencia de los genitores ausentes, le impide efectuar el pasaje de la memoria del rencor a la memoria del dolor; rencor que paraliza el proceso de los duelos por los orígenes y que lo retiene en la esperanza de la venganza y del poder retaliativo: «le juro que si los encuentro les digo de todo, los mato, los corro por todos lados y los meto presos. Hijos de puta, por culpa de ellos me jodieron la vida».

En la Torá, —me dijo en una sesión posterior— dice que cada persona tiene un lugar determinado, un objetivo al que llegar. Nadie sabe cual es su destino. Yo no sé a qué vine a esta tierra. Por algo vine. Uno siempre viene a hacer algo y eso es el destino. Yo no sé para qué vine al mundo. Pero estoy en busca de eso. Por una época, quise ser médico, ahora quiero ser veterinario como Jack Hanna, para que los animales anden sueltos. Hace poco, también quise ser administrador de empresas para realizar mi ilusión de dominar el mundo. Uno siempre viene a hacer algo. Si usted no hubiese venido al mundo, yo no hubiera estado en este momento con usted.»

Analista: Sí, es cierto, en este momento estás conmigo, y yo con vos. Estamos aquí juntos en la sesión; pero, me llama la atención que hoy llegaste bastante tarde. ¿Será que también el desafío va a triunfar sobre nosotros y uno de nosotros dos va a quedarse en el lugar del abandonado?. Se sonríe. Me mira fijo y dice:

Julián: Te digo que antes mentía. Ahora no miento más, nunca más. Es verdad. Hoy no tenía ganas de venir. Me acordé de los otros tratamientos que había empezado y dejado y me dije: no, no voy a cometer el mismo error. No voy a dejar el tratamiento, y me vine, aunque sé que llegué tarde.

Me sonríe con picardía y me extiende su brazo y yo le respondo con el mío, y en lugar de tensar nuestros brazos como en una pulseada entre dos desafiantes en pugna, en el que finalmente uno es vencido por el otro, sumamos nuestras fuerzas en un pacto analítico. Para intentar entre ambos, desanudar los traumas pretéritos y los duelos congelados. Y le señalo que existe una forma diferente de estar juntos. No únicamente desde la memoria del desquite por el ayer, sino a través de un trabajo con él y con sus padres para poder entre todos enfrentar los sufrimientos de antes pero también los conflictos actuales y poder así avanzar como agente activo y no como mera víctima para conquistar su propio destino.

Según Pelento:

Los duelos acontecidos en la primerísima infancia no pueden recuperarse a través del recuerdo lo que exige un trabajo psíquico extra: el trabajo del saber y no de recordar. Saber para ser.

Trabajo de búsqueda de indicios, señales y comentarios hechos por otros, para saber acerca de lo acontecido en relación al objeto de amor perdido.

Trabajo de simbolización que dependerá a la vez del efecto generado en el contexto familiar.

El posicionamiento simbólico de los adultos puede inducir, exacerbar u obstruir la pulsión epistemofílica, la que empuja a un examen de la

realidad con el deseo, en parte ilusorio, de llenar un vacío de imagen y de saber (1998 p. 31).

En cambio Julián es trabajado por el duelo por los orígenes que le tocó vivir y que le promovió un trabajo psíquico agregado: el trabajo de no querer saber y de intentar desmentir sus orígenes.

El mecanismo de la desmentida se ve facilitado cuando se le niega al niño información, o cuando se participa de un pacto de silencio con algún progenitor para desmentir la prueba de realidad. Pero la posibilidad de elaborar una pérdida requiere precisamente de la prueba de realidad, la que desata el proceso de duelo y de la categoría de presencia y ausencia, categoría fundamental porque revela que el niño puede transitar por una experiencia de dolor psíquico.

Viñar señala que la minusvalía del adoptado no es por lo que le falta en la biología, sino por lo que le sobra como estigmatización social (y, sobre todo, internalizada). El asunto central es la constitución de algo radicalmente inconfundible, el significante negativo, exclusión radical que por eso mismo se convierte en acicate de una búsqueda sin fin y sin punto de llegada, y que a veces abruma (2000)

Julián, permaneció abrumado por el trauma narcisista de la adopción y también sus padres permanecieron anegados por duelos no procesados por el trauma de la esterilidad, y acompañados de fantasías de robo y de persecución ante los genitores y ante las amenazas de la sociedad. La situación particular de la adopción no puede ser desconocida ni trivializada en la clínica por el analista, ya que evitaría la homologación del duelo de los orígenes con el duelo por los orígenes.

En el trauma y duelo construidos entre el hijo adoptivo y los padres adoptantes, se le suma y potencia al duelo de los orígenes, que es estructural y constitutivo a todo sujeto, un singular duelo por los orígenes.

El duelo de los orígenes se relaciona con lo insimbolizable; con el enigma y opacidad inherentes a toda historia y opera además como motor de deseo de búsqueda de un reordenamiento identificatorio permanente. En cambio, el duelo por los orígenes guarda un nexo con la sempiterna y agonal ambivalencia entre la inmortalidad y la mortalidad que subyace en el sistema narcisista parento-filial. Pero en el caso de la adopción se pierde la posibilidad de sostener el anhelo de reinstaurar la continuidad biológica entre las generaciones; que confirmaría la indestructibilidad de los lazos sanguíneos garantizando así la transmisión de la eterna inmortalidad.

Por lo tanto el trauma y el duelo del adolescente adoptivo está entretelado con el trauma y el duelo de los padres adoptantes que suelen ser resignificados con mayor intensidad que en otros adolescentes no adoptivos, durante el ineludible acto de la confrontación generacional para acceder a la plasmación de la identidad.

Si bien la fantasía como hijo adoptivo está presente en la novela familiar de todo sujeto, fantasía de ajenidad, a través de la cual, por un lado, el niño satisface sus *deseos* de desasirse del poder parental para acceder a investir a otras figuras exogámicas; por otro lado, devela el uso de la agresividad y de la desidealización para desinvertir la sobreinvertidura que había recaído sobre las figuras originarias posibilitando el pasaje a nuevos modelos identificatorios.

Pero este trabajo de desligadura y re-ligadura, de deconstrucción y reconstrucción de las identificaciones es un trabajo de transformación asumido activamente por el yo. A diferencia del yo del hijo adoptivo que pasivamente ha padecido la ruptura de la continuidad de la trama de su historia por el duelo por los orígenes generado a partir de la pérdida de sus padres genitores y su pasaje a los padres adoptantes. Duelos especiales en el adolescente adoptivo, que dependen íntimamente de los duelos, procesados o no, por los padres adoptantes ante sus propios traumas y duelos por la esterilidad conyugal y por la frustración ante la evidencia de la falta del encuentro espejado de sus rasgos corporales en el cuerpo de sus hijos: estigmas corporales que testimonian la ajenidad, y que reaniman la herida narcisista por la efracción en la continuidad sanguínea-intergeneracional, a la que se suma la estigmatización social.

En muchos casos la denominada *familia biológica* suele transformarse en una identidad amenazante para la familia adoptiva. El deseo de conocer acerca de aquella, vehiculiza el temor, que ese saber destruya los vínculos constituidos por el acto de adopción; confirmando la legitimidad de los lazos sanguíneos y la fragilidad de los simbólicos.

Entre Julián y sus padres se había instalado un reiterado desafío tanático que cegaba sus ojos con encono y venganza. La ofensa y arrogancia defensivas por las tempranas situaciones traumáticas padecidas, cosían sus párpados con hilos de acero. Volviendo sus heridas narcisistas a re infectarse por la resignificación de los duelos de los orígenes y por los orígenes en sus actuales padres adoptantes. Éstos requerían, a la vez, procesar sus duelos por la adopción, duelos no resueltos, que se habían silenciado durante los años

de la infancia de Julián, y que también se habían resignificado en este período de la adolescencia con dolor, desilusión y una desatada agresión, generándose entre ambos, una insistente provocación sadomasoquista parento-filial.

La resignificación activa una memoria particular, aquélla relacionada con las escenas traumáticas de la historia críptica, reprimida y escindida del sujeto y a la vez entramada con las historias inconscientes y ocultas, reprimidas y escindidas de sus progenitores y hermanos. Historias y memorias entrecruzadas que han participado en la génesis y mantenimiento de ciertos procesos identificatorios alienantes.

La memoria de la resignificación, *esa centinela del alma*, abre, en un momento inesperado, las puertas del olvido y da salida a una volcánica emergencia de un caótico conjunto de escenas traumáticas que han sido largamente suprimidas y no significadas durante años, e incluso generaciones.

La resignificación de lo traumático acontece durante todas las etapas de la vida —porque el trauma tiene su memoria y la conserva—, pero estalla fundamentalmente durante la adolescencia, etapa culminante caracterizada por la presencia de caos y de crisis insoslayables, porque en esta fase del desarrollo se precipitan la resignificación de lo no significado y traumático de etapas anteriores a la remoción de las identificaciones, para poder acceder al reordenamiento identificatorio y a la confirmación de la identidad. Es durante la adolescencia, en donde las investiduras narcisistas parento-filiales y fraternales que no fueron resueltas, ni abandonadas, entran en colisión. Éstas requieren ser confrontadas con lo depositado por los otros significativos, para que el sujeto logre reordenar su sistema heteróclito de identificaciones que lo alienaron en el proyecto identificatorio originario. Lo identificado (identificación proyectiva para unos, depositación y especularidad para otros) responde siempre a lo desmentido tanto para el depositante como así también para el depositario.

Todo adolescente tendrá que inexorablemente atravesar por el angustioso acto de la confrontación con sus padres y hermanos en las realidades externa y psíquica para desasirse de aquellos aspectos desestructurantes de ciertas identificaciones; tendrá que afrontar con lo que el otro (madre, padre, hermano) nunca pudo confrontar.

En una entrevista que mantuve con ambos padres, la madre comenta:

El comportamiento que tiene Julián con nosotros, es para mí como una amputación. Tengo un dolor profundo. Me siento defraudada, abandonada por él. Me da mucha rabia el trato que nos da. Nos hace todo subrepticamente. Su agresión me da mucha violencia.

¿Porqué no mira todo lo que encontró en nosotros y le hemos dado?.

Nuestras posibilidades de accionar ahora sobre él son más limitadas por su propio crecimiento.

No es lo mismo enfrentarse en estas situaciones que cuando él tenía seis años.

Él está convencido íntimamente que tiene razón en todo lo que dice y hace; y no tiene ningún empacho con amenazarnos que quiere irse de la casa y que no quiere vivir más con nosotros.

Para cada cosa tiene el argumento perfecto.

(Llora). Me siento muy desmoralizada.

Con la sensación de no haberle sabido transmitir un mínimo de responsabilidad. Nunca logré que incorpore ciertas pautas. De chico siempre mentía o contaba cosas fantasiosas pero no estaba en la realidad.

El padre agrega:

Toda la actitud de este «tipo» es para romper, para desgarrar la cohesión familiar. Se me hace la imagen de un toro que golpea con los cuernos sobre la pared. Las cosas que él hace meten ruido. Hay momentos que a este «tipo» no lo aguanto más. Me da ganas de abrirle la tranquera y que se vaya.

Señalo al padre que me llama la atención que no lo nombra al hijo por su nombre, sino que lo llama «este tipo» y que además reemplaza la palabra puerta por tranquera.

Sí, cuando se pone violento, lo veo como si fuera un potro salvaje y lo único que quiero es que se vaya en ese momento.

Estoy harto de él y me siento desgarrado.

La presencia de la pérdida temprana de un progenitor o de un hermano, promueve fenómenos transferenciales y contratransferenciales particulares, tanto en el niño y adolescente, como así también en los padres y en el analista, determinando procesos analíticos intrincados, por la presencia de una complejidad particular de traumas, duelos, identificaciones y síntomas especiales, originados durante las primeras etapas de la constitución del psiquismo. Pero, en el caso de Julián, se habían agravado los destinos de sus duelos y traumas construídos con los padres, por la insistencia

compulsiva en él de la mentira, de la oposición al saber y de la sed de venganza. Elementos que se habían cristalizado en un tipo de carácter dilucidado por Freud en el año 1916 y que lo había designado con el nombre de *las excepciones*.

Julián se había posicionado ante sí mismo y ante los demás como un acreedor rapaz. Vivía de sus reclamos de resarcimiento como de una pensión por accidente, sin saber por asomo el fundamento de sus pretensiones. La pretensión de excepcionalidad se enlaza íntimamente con tempranas afrentas al narcisismo por el cual se exige total resarcimiento. «Dicen que han sufrido y se han privado bastante, que tienen derecho a que se los excuse de ulteriores requerimientos, y que no se someten más a ninguna necesidad desagradable pues ellos son *excepciones* y piensan seguir siéndolo». (Freud, 1916. p. 319. Las cursivas son del autor).

Considero que, en estos casos, el analista se halla expuesto a permanecer seducido por el estado traumático y de identificación del niño adoptivo y de los padres adoptantes, remontando todo el sufrimiento psíquico a los tiempos pretéritos y de ese modo, la adopción puede llegar a operar como un baluarte en el proceso analítico, para eludir precisamente los conflictos actuales y actuantes con la propia sexualidad y agresividad consigo mismo, con los otros y con las demandas del medio social. Otro riesgo es transformar a la adopción en una categoría nosográfica, en una entidad particular, extrayendo de la situación traumática una subidentidad defensiva.

Chasseguet Smirgel señala que con frecuencia ciertos pacientes necesitan:

[...] transformar el dolor y la tensión de la herida o trauma narcisista (que resulta imposible de borrar) en una búsqueda ilimitada de excitación, para evitar así, la elaboración psíquica de esa tensión que de permanecer ligada a la herida narcisista, habría dado origen a efectos intolerables.

Esta descarga de la excitación preserva al mismo tiempo la autoestima a través de fantasías y mociones de venganza, en la que, a través del triunfo del desquite, ejerce una relación de dominio sobre el otro por lo padecido pasivamente.

La búsqueda de la excitación constituiría sobre todo un repetido esfuerzo por movilizar todo el aparato somatopsíquico, con el fin de evacuar las tensiones y, por lo tanto, está vinculado con la propensión del acting out y el acting in (1987)

Las manifestaciones convulsivas con las que se presentó Julián operaban enigmáticamente como unas máscaras, que al mismo tiempo que encubrían,

ponían al descubierto su lacerante vulnerabilidad narcisista. El incumplimiento en la satisfacción de los ideales parentales y propios acerca de su rendimiento intelectual se habían transformado en condena, sentencia y mandato mortíferos. La caída de sus ideales desmesurados de perfección y sus fracasos reiterados en sus relaciones amorosas deprimieron severamente su *Selbstgefühl*. No podía hacer el duelo narcisista por esa imagen grandiosa, y este duelo ha sido traumático, si admitimos que lo que define al trauma es el efecto desorganizador sobre los aparatos mental y somático. Los traumas se definen por la cantidad de desorganización que producen.

Julián padeció de un prolongado estado de depresión a consecuencia de la tensión originada entre las aspiraciones narcisísticamente cargadas, por un lado, y la incapacidad real o imaginaria de alcanzar esas metas, por otro; provocando en él un elevado sufrimiento psíquico. Acompañado de angustias, vergüenza, remordimiento y necesidad inconsciente de castigo.

La compleja y gradual elaboración de estos traumas y duelos narcisistas y edípicos que participaban en la producción de los síntomas e identificaciones patógenas, posibilitaron la superación de sus síntomas corporales y el reingreso al colegio, con la condición de rendir las materias a fin de año. Con la aceptación por parte de Julián de permitir ser ayudado por los profesores particulares, rindió sus exámenes y pasó al segundo año en el que se afirmó en el aprendizaje y en la socialización.

Pero al comenzar el tercer año, tuvo repetitivos fracasos amorosos que resignificaron sus traumas y duelos tempranos no resueltos. Acompañado ahora por un grupo de compañeros del colegio retornó —aunque en menor medida— a reiterados *acting outs* provocando a los profesores y a sus padres y oponiéndose al estudio.

Transcribo a continuación las sesiones individuales, luego de una entrevista que mantuve con Julián y con sus padres en forma conjunta, desencadenada por una serie de mentiras que ponían en peligro la continuidad de su pertenencia al colegio y a la prosecución de su proceso analítico.

Julián: Yo siempre mentía. En la primaria escondía las notas. Nunca me interesaba saber. Siempre me aburría y molestaba a los chicos. No podía concentrarme. Miraba el reloj para saber cuándo tocaba el timbre. Ni tenía amigos porque fabulaba y al final no me creían. Tenía fantasías exageradas y perdía la confianza de mis compañeros. Pero las mentiras me salían solas. Salía sólo, la actuación.

No reflexionaba lo que iba a decir. Uno para mentir lo tiene que pensar. Yo no lo pensaba. Lo hacía permanentemente y era como un hábito. Siempre fui así; antes era peor y por mucho tiempo. No quiero que exista más. Porque ya sale sola la mentira. Cuando me siento en apuros, fluye. No sólo miento a los demás, sino a mí mismo cuando necesito encontrar una solución.

Por ejemplo digamos que yo me corté y me digo no me corté. Pero los otros ven la sangre y que me corté y yo no lo quiero ver, para que no exista más.

Analista: ¿Qué es lo que querés que se corte?

Julián: La mentira. No quiero que exista más.

Analista: ¿Qué pasa con la mentira aquí, entre nosotros dos?

Julián: Yo sé que vos no vas a contar a nadie lo que te digo, y como sé que no vas a decir la verdad mía a mis amigos, yo te cuento verdades mías para que haya una solución mejor. Para que pueda cambiar algo. Cuando yo digo la verdad temo que haya una consecuencia para mal. Pero es peor. Hay un refrán que dice: la mentira tiene patas cortas. Pero al final el otro se entera. No hay manera.

Supongamos que vos sos mi amigo. Yo te lo digo a vos y corro el riesgo que a vos se te escape. Como sé que a vos no se te escapa, te lo cuento.

Analista: Pero me acuerdo que anteayer me dijiste que para vos todos los mayores tienen sus caretas y que por eso no confías en ellos. ¿Qué pasa con la careta en tu tratamiento conmigo? ¿Yo me pongo la careta, o vos te la pones? ¿Es este un tratamiento careta?

Julián: No, la careta esconde la verdad. Yo no miento aquí.

Analista: Pero me llama mucho la atención que hoy entraste sonriendo a la sesión y vos sabés que la situación del tratamiento está delicada. Tus padres ayer se cuestionaron con dolor, para qué seguir con tu tratamiento, con el colegio de pago y con los profesores de refuerzo, si finalmente la estafa le gana a la verdad.

Julián: Ni digas esa palabra. Estafa. Me cae mal.

Analista: Es la palabra que salió ayer en la sesión con tus padres.

Julián: Pero con mis padres ayer se empezó a arreglar la cosa. Esta vez fue la gota que rebalsó el vaso. Hoy estoy contento porque hoy es mi cumpleaños y voy a poder festejarlo con mis padres. Pensaba que no me iban a perdonar las cagadas que me mandé. Entendé Doc, antes era peor. Papá ayer te lo dijo. Hoy fui al colegio y está todo bien.

Analista: No, no está todo bien. Eso es poner una careta a la situación. Y aquí tampoco está todo bien. Peligra la continuidad del tratamiento. (Pausa)

Julián: Hace 15 años que las cosas siguen saliendo mal. Nunca salieron bien

Analista: Cuando saliste, cuando naciste, no salió bien la situación de entrada con los padres biológicos, pero enseguida fuiste tomado y criado por tus padres actuales.

Julián: Pasaron 3 días, hasta que mis padres me tomaron, no sé si fue el 10 o el 9 y llegué el 13 a la casa de mis padres. Me contaron que me recibieron con una fiesta

Analista: ¿Sabés qué pasó durante los 3 días?

Julián: No, no lo sé.

Analista: Sería bueno que lo sepas. Te lo sugiero que lo preguntes para saber, para informarte mejor.

Julián: Yo dejé de creer en todo. No me importa más la religión. Me desagrada. Estoy enojado en serio con eso que se dice de Dios, porque no existe. Dicen que supuestamente él quiere lo mejor. (Eleva el tono de voz, empieza a gesticular con las manos. Yo comienzo a sentir una pena enorme).

No tengo nada. Porque no puedo ser feliz con mis padres. Siempre que llego a algo y lo tengo, me pregunto ¿para qué lo quiero?

Analista: Seguís queriendo tener a los padres que te engendraron y sin darte cuenta te desquitás en tus padres actuales y en vos. En tu cuerpo y en tu mente.

Julián: Siempre quiero tener lo que no tengo y lo que tengo lo uso tres días y lo dejo. Me pasa lo mismo con las minas.

Yo la adoro a Jacqueline y no sé por qué la cago con otras y ella termina pateándome y me dice que no me entiende y que no soy confiable.

Estoy enojado con Dios porque todo lo que dice es falso. Porque no hay Dios, no existe. Ni creo en nadie. Dios es como un viento. El viento sopla y se fue. Así todo lo que quiero se va, no existe. Es un fraude.

Vos tenés algo de ese viento que sopla y que se va. Y yo también tengo algo de ese Dios que defrauda.

Analista: No me da la impresión. Creo que no. Pero hay algo que tal vez yo te defraudo. Aunque jamás te lo he prometido, yo no puedo ayudarte a encontrar a los que te han engendrado, pero sí revisar con vos qué es lo que te pasa con tus padres actuales, con tu hermano, con tu cuerpo, con tus sentimientos, con tus fracasos y logros en el colegio y con las minas.

Julián, tu deseo de desquitarte sigue aún muy despierto y te retiene a vos en el ayer. Me pregunto, si esta búsqueda tan imperiosa y necesaria tendría ante vos mismo y ante los demás algo de careta para tapar los conflictos tuyos actuales y para justificarte el no enfrentamiento con un montón de cosas que te pasan hoy. (Pausa)

Julián: Sí, yo ya lo sé.

A la sesión siguiente:

Julián: Jacqueline fue un amor a primera vista. La ví y me pareció hermosa, hermosa. Y a ella yo le parecía lo mismo. Ella se quedó reenganchada conmigo y me la transé. ¡No lo podía creer! Soy un héroe, ella era mi objetivo de vida. Es la mejor del colegio. Es más buena que el pan. No existe mejor. Todos mis amigos me lo dicen; que soy un boludo porque la cagué.

A los 3 días la cagué con otra. Ni se por qué lo hice. No sé si fue por bronca. Soy un estúpido.
Hace 1 mes que ni me chateo con ella y no me la puedo sacar de la cabeza.
Hoy la ví y le dije ¿por qué no me hablás?. «Porque no fuiste una buena persona conmigo. Por todo lo que me hiciste.» Tiene toda la razón del mundo y me dijo: «te quiero sacar de mi vida, porque todo lo que tuve con vos fueron problemas. Un problema tras otro.»
Yo le metí los cuernos.

Analista: ¿Vos le metiste los cuernos?

Julián: Sí varias veces, y no sé por qué lo hago.

Analista: O la metida de cuernos es en realidad una careta que tapa tu propia desconfianza, tu dificultad para confiar, para amar y para que te amen. Así te pareces como un viento que sopla y que se va.

Julián: Cuando todo está tranquilo, desconfío que esté todo muy tranquilo.

Analista: Desconfías de la confianza, ¿y conmigo qué pasa con la desconfianza?

Julián: No sé, yo aquí me confío.

Analista: Vos me dijiste en la última sesión que vos creés que naciste el día 10 y el 13 te entregaron a tus padres actuales. Podríamos pensar que pasaron 3 días de confianza con tu madre biológica, ¿y después de los 3 días qué pasó?

Julián: (Abre los ojos y se acerca a mí). Cuando estaba bien con Jacqueline duró sólo 3 días y después de los 3 días no era lo mismo que antes y nos separamos.

Analista: ¿De quién me estás hablando?

Julián: De Jacqueline.

Analista: Y también de tu mamá biológica con la que estuviste 3 días y que luego se separaron.

Julián: Uy, uy esto es muy fuerte. Se sonríe y se acerca un poco más a mí.

Analista: (Yo siento dolor en mi cuerpo y me conmuevo ante la sorpresiva formulación de mi propia construcción). Le pregunto si esa sonrisa no es en realidad una careta para no sentir otras cosas.

Julián: No quiero llorar. Yo siento por dentro. También durante 3 días la buena relación con mis padres y después de los 3 días el lunes, empieza de vuelta todo mal.

Descubro que el 3 es para mí el número de la mala suerte.

El sujeto resentido resignifica en los objetos actuales las mociones vengativas que estaban dirigidas hacia los objetos anteriores y, tras las máscaras del amar, ejerce el apoderamiento del otro *Liebmachtigung* y su aniquilación como sujeto. Si bien en su comienzo el acento de la pulsión de apoderamiento (*bemachtungstrieb*) recae sobre el objeto externo sin finalidad sexual, sólo secundariamente se une a la sexualidad y su fin consiste en dominar el objeto externo por la fuerza. Por otra parte, conviene señalar que, junto al

término *bemachtung*, se encuentra en la teoría freudiana y con bastante frecuencia el de *bewaltigung*, de significación bastante similar. Freud la utiliza casi siempre para designar el hecho del control de la excitación propia, sea ésta de origen pulsional o externa y ligarla (Laplanche y Pontalis, 1971. p. 329)

Si bien esta distinción terminológica no es absolutamente rigurosa, el apoderamiento asegurado sobre el objeto externo (*bemachtungstrieb*) puede operar como un intento defensivo ante la amenaza del peligro de la pérdida del gobierno y el control de la propia excitación (*bewaltigung*) en el propio sujeto y ante la presencia de un otro por el surgimiento de afectos y representaciones, tanto placenteras como displacenteras.

En la realidad psíquica, los afectos crean objetos. Son precursores de fantasías e ideales.

A partir de ellos se establece y propicia el ejercicio de variadas formas de poder (Kancyper, 1999) Así, a través del amor, el sujeto se une al objeto y en el enamoramiento se fusiona con él. En el odio, se separa y discrimina del objeto y en la envidia intenta su destrucción.

En cambio, a través del resentimiento, el sujeto establece una relación de objeto singular caracterizada por: a) inmovilización del objeto, b) maltrato al objeto y c) preservación del objeto evitando su desaparición; para desplegar mociones, fantasías e ideales vengativos; promoviendo el ejercicio de un ciego poder tánático.

El sujeto resentido funda a través de sus fantasías vengativas una propia legalidad. La venganza justifica el carácter imperativo de un poder regido por la ley del talión que legítima, aparentemente sin culpa, el derecho a punir y a atormentar. Reanima los impulsos destructivos que llegan a prevalecer sobre los impulsos amorosos: esto implica un cambio en los estados de intrincación entre las pulsiones de vida y muerte, cambio que desencadena la compulsión a la repetición inherente al reinado de Tánatos.

El poder reanima al sentimiento de omnipotencia infantil y reactiva el pensamiento mágico-animista, caldo de cultivo de un complejo sistema de ideales, a partir del cual ciertos sujetos se elevan —sobreestimación narcisista mediante— a la condición de categoría de las excepciones (Freud, 1915): detentores de un poder omnímodo que les concede derechos para avasallar la inviolable órbita de la dignidad y hasta de la libertad del otro.

Dorey asevera que:

El status metapsicológico de la pulsión de dominio es ambiguo en la obra de Freud. El dominio no puede ser considerado como la acción de una tendencia única, sino que corresponde a una formación compleja de la relación con el otro dentro de lo cual se ubica en forma precisa la interacción dialéctica (Eros-Tánatos). La finalidad de esta relación es siempre el deseo del otro, en la medida que resulta fundamentalmente ajeno y por su propia naturaleza elude cualquier posibilidad de ser capturado.

Las organizaciones perversas y obsesivas representan dos modelos de este tipo.

En la perversión el deseo del otro es capturado a través de la seducción; en la neurosis obsesiva el deseo se destruye en efecto por una operación de destrucción (1986)

Foucault señala que las relaciones de poder no obedecen a la sola forma de prohibición y de castigo, sino que son *multiformes* y nos advierte que uno de sus peligros, aún cuando esté al servicio de una causa justa, es que genera adicción (1991, p. 77)

El sujeto que no elabora sus resentimientos permanece inmovilizado y entretenido en duelos interminables; adhiere viscosamente su libido al objeto deudor con el fin de realizar un triunfo de desquites sobre él, mediante el despliegue de fantasías asintóticas autolegalizadas de un poder de represalias sobre otros objetos y sobre sí mismo. El sujeto resentido, al no poder resignar el objeto, refuerza las proyecciones y las identificaciones proyectivas y alimenta de este modo, como en el caso clínico presentado, su status de inocente, castigador, vengativo y arrogante.

De ahí que clínicamente estos duelos patológicos se expresen en las diferentes estructuras psicopatológicas por medio de la venganza histórica, del reproche obsesivo, de la queja melancólica y de la manía querellante.

El resentimiento puede también operar como defensa, ejerciendo una función anti-duelo porque abandonar ese vínculo objetal significaría «el derrumbe definitivo de la ilusión y la admisión de que se ha perdido real y verdaderamente el objeto» (Amati y Argentieri, 1990, p.175). Resurge el ejercicio del poder como un intento defensivo, para cancelar o apaciguar la irrupción amenazante del dolor, de angustias (Freud, 1926) y de otros afectos y representaciones intolerables para el sentimiento de la propia dignidad y para el mantenimiento de la estructuración psíquica. Retornando a la memoria

del rencor para huir del enfrentamiento y de la asunción de la propia responsabilidad ante los conflictos actuales y actuantes.

Luis Kancyper

Galileo 2460 PB 1

Buenos Aires, Republica Argentina

Tel. 4802.8084

kancyper@sinectis.com.ar

Bibliografía

- AMATI MEHLER, J; ARGENTIERI, S. (1990). «Esperanza y desesperanza ¿Un problema técnico?». *Libro anual de psicoanálisis*, Lima. p.175.
- BARANGER, WILLY. (1992) «Los afectos en la contratransferencia». *XIV Congreso Psicoanalítico de América Latina*. Buenos Aires: Tomo I p. 197.
- BORGES, J. L.(1987). *Funes, El memorioso*. Ficciones en obras completas. Buenos Aires: Emecé. p. 485.
- CHASSEGUET SMIRGEL, JANINE.(1987). «Intento fallido de una mujer por encontrar una solución perversa». *Revista de psicoanálisis*. Tomo XLIV n° 4, p. 683.
- DOREY, R.(1986) «La relación de dominio». *Libro anual de psicoanálisis*. p. 191.
- FOUCAULT, M. (1991) *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta. p. 77
- FREUD, S (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión* Obras Completas. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1988
- (1915). *Duelo y melancolía*. Tomo XIV
- (1916). *Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico*. Tomo XIV.
- (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. Tomo XX
- HERNÁNDEZ, JOSÉ. (1945). *Martín Fierro*. Buenos Aires: Araujo, 1945. p. 183.
- KANCYPER, LUIS. (1997) *La confrontación generacional*. Buenos Aires: Piadós.
- KANCYPER, LUIS. (1991) *Resentimiento y remordimiento*. Buenos Aires: Piadós.
- KANCYPER, LUIS (1993) «Angustia y poder en la confrontación generacional». *Rev. de Psicoanálisis*. Tomo L, n° 6, p.1215.
- KANCYPER, LUIS. (1999). «El afecto y el poder». *Rev. de psicoanálisis. A.P.A.* Buenos Aires: Tomo LVI, n° 3, p. 671.
- KOLITZ, ZVI. (1998). *Iosl Rákovar habla a Dios*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. p. 15.
- LAPLANCHE Y PONTALIS. (1971). *Diccionario de Psicoanálisis*. Madrid: Labor. p.329.
- MALLEA, E. (1970). *El resentimiento*. Buenos Aires: Sudamericana.
- PELENTO, M. L. (1998). «Duelos en la infancia». *Duelo y Represión, RUP*, 88. p.31 VAN GOGH, V. (1988). *Cartas a Teo*. Barcelona: Labor. p. 352.
- VIÑAR, MARCELO. (2000) «El duelo por los orígenes». *Los duelos y sus destinos, depresiones hoy. APU*. Tomo I. p. 192.